

# *A land of mañana* Venezuela en la mirada canadiense, 1946-1967\*

José Ángel Rodríguez  
Universidad Central de Venezuela

---

## RESUMEN

Este artículo analiza dos asuntos básicos. El primero trata los altibajos de los vínculos entre Canadá y Venezuela desde 1864, cuando se nombró el primer cónsul venezolano en Montreal, hasta la apertura de las relaciones diplomáticas en 1952. El segundo punto muestra y analiza, a través de la pluma de los primeros embajadores canadienses, quienes viajaron extensamente por el territorio, diversas imágenes de un país petrolero contradictorio y cambiante, que en pocos años se convirtió en uno de los principales socios comerciales de Canadá en América Latina.

## PALABRAS CLAVES

Relaciones Exteriores, Canadá y Venezuela Siglo XX, Historia y Diplomacia

## ABSTRACT

This article analyses two main themes. The first deals with the ups and downs of Canada-Venezuela foreign relations from 1864, when Venezuela appointed its first consul in Montreal, until the establishment of diplomatic relations in 1952. The second theme examines and analyses, using the writings of the first Canadian ambassadors to Venezuela, the contradictory and changing nature of an oil producing country that, in a few years, became one of Canada's most important commercial partners in Latin America.

## KEYWORDS

Foreign Relations, Canada and Venezuela Twentieth Century, History and Diplomacy

---

- Este artículo ha sido posible gracias al Faculty Research Program del gobierno canadiense, premio por el que pude investigar en la Library and Archives Canada (LAC) en Ottawa durante agosto de 2007. Este magnífico centro de la memoria, uno de los mejores en los que he investigado, cuenta con un destacadísimo personal bilingüe, a quien agradezco su amabilidad y eficiencia. Del lado venezolano, ha sido de gran ayuda el magnífico trabajo de CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp.131-204. El artículo ofrece, además del análisis de esas relaciones, una compilación documental y cronología muy útil sobre las relaciones entre ambas partes desde 1864.

## INTRODUCCIÓN

Los vínculos entre Venezuela y Canadá datan de fines de 1864 cuando se nombró el primer cónsul venezolano en Montreal. Esa designación no condujo a una relación bilateral estable. Una razón fue el estatus político de Canadá, cuya política exterior fue dirigida por Gran Bretaña hasta 1926. Por el lado venezolano, las relaciones más apremiantes con países vecinos, europeos y Estados Unidos, alejaron la posibilidad de intensificar los lazos con Canadá, si bien Venezuela ya tenía consulados en varias de las ciudades más importantes de la costa este en 1912.

No fue hasta concluida la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, cuando los vínculos entre ambas partes se sistematizaron. En parte debido a las insistentes presiones venezolanas, pero también al creciente interés canadiense por sus vecinos al sur del Río Grande. El petróleo fue una de las llaves estratégicas del intercambio, que se profundizó en las décadas siguientes. El primer momento culminante de ese proceso fue en 1952 cuando el gobierno canadiense abrió su embajada en Caracas. Satisfizo Canadá, de esa manera, un anhelo venezolano de varios años.

Este artículo analiza dos temas básicos. El primero trata los pasos previos a la apertura de las relaciones diplomáticas en 1952. Fue un proceso lento y con no pocos equívocos, con dos presidentes heridos en su orgullo y no pocos resquemores dejados en el camino, en medio de las circunstancias, anhelos y dificultades de la época. El segundo asunto examina, a través de la pluma de los cuatro primeros embajadores canadienses, tanto los entretelones de los logros materiales de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez como algunas dificultades y cambios en tiempos de democracia. En síntesis, el panorama de un país petrolero vital y cambiante, colmado de contradicciones y potencialidades, que en pocos años se convirtió en uno de los principales socios comerciales de Canadá en América Latina.

## DOS PROCESOS DISTINTOS

Venezuela fue por mucho tiempo una figura solitaria en sus relaciones con el gran gigante del norte. En gran medida porque el Dominio de Ca-

Canadá<sup>1</sup> formaba parte del Imperio Británico y su política exterior era dirigida por Gran Bretaña<sup>2</sup>. Las costuras comenzaron a descoserse, sin embargo, desde 1922 con el denominado "Incidente de Chanack", el cual quebró no sólo los esfuerzos de décadas de mantener una política imperial exterior común sino que mostró las profundas diferencias de intereses entre la metrópoli y el resto de los miembros del vasto imperio<sup>3</sup>.

Fue el caso de Canadá, cuyo primer ministro sorteaba todavía el drama interno provocado por la Primera Guerra Mundial: las heridas por las disputas de la recluta y el duelo por las miles de vidas perdidas en los campos de batalla europeos estaban todavía frescos en la memoria canadiense. William L. Mackenzie King, como consecuencia, se mostró reacio a la "invitación" británica de prestar ayuda militar en contra de las

- 
- 1 El Estatuto de la América Británica del Norte formó el Dominio de Canadá en 1867. Fue la acción de un grupo de hombres visionarios que lograron la unidad de varios y vastos territorios ante las crecientes presiones de su agresivo vecino del sur y las difíciles circunstancias políticas, económicas, sociales, lingüísticas y comerciales internas. Fue en gran parte también el triunfo sobre el espacio geográfico, tarea todavía en marcha en los extensos territorios de Canadá, un país de casi diez millones de kilómetros cuadrados. Ontario, Québec, Nueva Escocia y Nuevo Brunswick fueron las primeras provincias en constituir el Dominio, seguidas luego por Manitoba (1870), Columbia Británica (1871), la Isla del Príncipe Eduardo (1873), Alberta y Saskatchewan (1905) y Terranova (1949). El Estatuto estableció un gobierno federal parlamentario bajo la égida de la Corona Británica. Canadá se proclamó dominio autónomo dentro del imperio británico en diciembre de 1931 con el Estatuto de Westminster. Posteriormente, el Acta Constitucional de 1982, un texto breve, en lenguaje sencillo y directo con un significativo capítulo de derechos y libertades ciudadanas, selló la independencia definitiva.
  - 2 Existen numerosísimos artículos y libros sobre la política exterior canadiense, de los cuales sólo citaré unos cuantos. Entre ellos, los clásicos de MACGREGOR DAWSON, 1937; MACKAY y ROGERS, 1938; GLAZEBROOK, 1949. Otro muy reciente es el de KIRTON, 2007. Muy ilustrativo de los triunfos y fracasos de la diplomacia canadiense es el bestseller de COHEN, 2004.
  - 3 MACGREGOR DAWSON, 1937, p 4 y 55-56. El descontento surgió cuando los miembros del Commonwealth se enteraron, algunos por la prensa, de la "invitación" inglesa de colaborar militarmente para defender Estambul, Chanack y la neutralidad de los Dardanelos del Movimiento Nacionalista Turco. El nuevo gobierno de Mustafa Kemal Atatürk no reconoció el tratado de Sèvres (1920), firmado por un funcionario del depuesto sultán.

milicias turcas, dando largas al asunto alegando la necesaria autorización del parlamento. Su renuencia marcó una fisura y la cuestión enseñó que los intereses británicos no eran siempre los más convenientes a Canadá<sup>4</sup>.

La situación de dependencia cambió, de manera progresiva, desde la conferencia imperial de Londres en 1926. En esa fecha, la declaración de Balfour definió que el Reino Unido y los dominios eran comunidades autónomas dentro del imperio. Ninguno de sus miembros, por tanto, estaba subordinado a otro en ningún aspecto de su acontecer interno o externo, más allá de su lealtad a la Corona y membresía libre y asociada al *British Commonwealth of Nations*. Esta condición fue proclamada formalmente por el Estatuto de Westminster de 1931<sup>5</sup>.

Si bien Canadá había estado representado por mucho tiempo en el exterior por agentes comerciales y de emigración, su política exterior no comenzó hasta 1927 cuando la primera legación fue abierta en Washington. La elección apunta muy bien dónde estaba la prioridad de sus relaciones internacionales. La diplomacia canadiense de entonces estuvo circunscrita de manera muy estrecha al entorno del primer ministro de turno hasta al menos 1948<sup>6</sup>, y puesta en práctica por los nuevos ministros diplomáticos, altos comisionados comerciales y cónsules. Otro paso fundamental fue la fundación de *The Canadian Institute of International Affairs* en 1928<sup>7</sup>.

El caso venezolano fue por derroteros bien distintos porque Venezuela obtuvo su soberanía en 1830. En el plano internacional, la joven república heredó y ratificó algunos convenios. Entre ellos el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre la extinta República de Colombia y la Gran Bretaña del 18 de marzo de 1825, ratificado luego por ambas partes el 29 de octubre de 1834, que llevó a Venezuela a nombrar a su primer representante en Canadá en 1864. Entre otros asuntos, el convenio acordaba el nombramiento de cónsules, por lo cual el ejecutivo nacional de la época, Antonio Guzmán Blanco, tuvo bien en designar a Carlos M. de La Mar cónsul en Montreal. Por su parte, Rafael Seijas, el ministro venezolano de relaciones exteriores de entonces, sugirió al nuevo diplomático la conveniencia de

4 MACGREGOR DAWSON, 1937, pp. 4 y 55-56 y KIRTON, 2007, p.57.

5 MACGREGOR DAWSON, 1937, p. 4.

6 BRATT y KAKUCHA, 2007. Los autores indican que hasta el término de la era de Mackenzie King en 1948, las relaciones internacionales estaban circunscritas a la oficina del primer ministro. No hubo un comité aparte que se ocupara del tema hasta 1949.

7 MACKAY Y ROGERS, 1938, p. 49.

adquirir “ideas exactas de la geografía, estadística y producciones de este país y de las ventajas que puedan obtener ellas en ese lugar y viceversa”<sup>8</sup>. El gobierno venezolano nombró luego cónsules en Halifax en 1881 y en Toronto en 1905.

Importante también fue el nombramiento de un cónsul en Ottawa en 1912<sup>9</sup>. El escogido fue Leopoldo Terrero Monagas, quien comunicaba poco después a Caracas, no sólo el beneplácito de importantes funcionarios canadienses por el establecimiento del consulado en Ottawa, sino incluso la opinión del ministro de asuntos comerciales sobre la conveniencia de concertar un tratado comercial entre Venezuela y el Dominio. La parte venezolana se mostró más que encantada: José Ladislao Andara, ministro de exteriores, dirigió una carta a Monagas en octubre de 1912, indicándole que el gobierno venezolano acogía “con interés” esa opinión. Según Andara, el tratado ratificado por Venezuela en 1834 “no corresponde ya a los progresos del tiempo moderno”<sup>10</sup>. El tema implicaba, por supuesto, el asentimiento de Gran Bretaña, más que ocupada en los apremiantes problemas europeos que terminaron en la primera confrontación mundial. El asunto no se volvió a tocar hasta 1941 cuando ambos países suscribieron en Caracas el primer *Modus Vivendi* de sus intercambios comerciales<sup>11</sup>.

## LOS TANTEOS VENEZOLANOS

Francisco Pacanins, cónsul general de Venezuela en Montreal, informaba en diciembre de 1940 a su superior en Caracas sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas de Canadá con Brasil y Argentina. Agregaba el funcionario que Ottawa veía con agrado que aquellos países que no habían todavía establecido relaciones tuviesen sus consulados generales en esa ciudad. El gobierno de Canadá procuraba incluso a tales cónsules “toda

---

8 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, p.135.

9 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp.136-140.

10 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, p. 141.

11 Library and Archives Canada (En adelante LAC), RG25, Vol. 3272, File 6453-40. Ese primer tratado, suscrito en Caracas el 9 de abril de 1941, fue renovado en numerosas ocasiones en las décadas siguientes. Un cambio sustancial tuvo lugar en octubre de 1950, en plena visita a Caracas de una importante misión comercial canadiense presidida por Harry Leslie Brown. La visita antecedió la apertura de las relaciones diplomáticas entre los dos países.

clase de cortesías, casi iguales a los diplomáticos”. La breve respuesta de Caracas un mes después acusó el recibo de ambas informaciones. La nota ministerial, con la ley consular en la mano, no dejó de advertir Pacanins su deber de atenerse a “las funciones exclusivamente consulares” y la expresa orden de “no intervenir en el desempeño de ninguna función diplomática, ni reclamar ningún derecho o privilegio inherente a tal función”<sup>12</sup>.

Poco importó en ese momento la primera confidencia, la más importante de la carta de Pacanins: la apertura de relaciones diplomáticas de Canadá con Brasil y Argentina, en 1938 y 1940, respectivamente. Sí tomó en cuenta la cancillería venezolana, por el contrario, las noticias de la inauguración de embajadas en Chile en 1941, México y Perú en 1944 y Cuba en 1945<sup>13</sup>. Como resultado, Venezuela comenzó las diligencias para el establecimiento de vínculos diplomáticos desde la llegada al poder del general Isaías Medina Angarita en 1941. El afán sobre este asunto se hizo público en los años siguientes. De esta forma, el diario *El Universal* no sólo publicaba un extenso artículo sobre Canadá el 14 de marzo de 1944<sup>14</sup>, en el cual mencionaba la importancia geoestratégica de la pronta apertura de una línea regular de vapores entre Halifax y La Guaira, sino que indicaba a la cancillería lo “absolutamente necesario” del establecimiento de relaciones diplomáticas con el gran país del norte.

Fue Norman A. Robertson, sub-secretario encargado del ministerio de exteriores de Canadá, el principal destinatario de las misivas y Rafael Pisani, antiguo rector de la Universidad Central de Venezuela, el primer emisario del gobierno de Medina Angarita. El hombre de leyes pasó cinco días en Ottawa en enero de 1945, visitando luego Montreal, Québec y Toronto. Según relataba Robertson a su amigo G. Ogilvy-Forbes, embajador de Gran Bretaña en Caracas, el comisionado había sido enviado para discutir la posibilidad del intercambio de misiones diplomáticas. Robertson, quien quedó gratamente impresionado por Pisani, le comunicó que por ahora era difícil por *lack of personnel*, asunto que el venezolano comprendió<sup>15</sup>.

---

12 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp. 156-158.

13 KIRTON, 2007, p.350.

14 El recorte de prensa fue encontrado entre los abundantes papeles sobre Venezuela de esa época en LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40.

15 LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40.

A pesar del señalamiento sobre la falta de personal para asumir la tarea, Venezuela insistió sobre el tema, en particular después del golpe cívico-militar del 18 de octubre de 1945, cuando la junta de gobierno buscó con afán el reconocimiento internacional. Una correspondencia de Caracas dirigida a Julio Pocaterra, cónsul general en Montreal, el 19 de febrero de 1946, indagaba sobre la marcha de las “gestiones personales que se le encomendaron acerca del establecimiento de una misión diplomática ante el Gobierno de Canadá, con la reciprocidad, desde luego, de una representación análoga en nuestro país”<sup>16</sup>. El cónsul contestó pocos días después, indicándole a su superior que había hablado con Norman Robertson sobre el particular. Según Pocaterra, el funcionario se había mostrado “muy interesado” por la propuesta del gobierno venezolano, prometiéndole incluso que llevaría el asunto al gabinete del primer ministro. Para que la petición fuera oficial, Pocaterra escribió una carta el 21 de febrero, en la que solicitaba de manera formal a Robertson comunicar a su gobierno el interés de Venezuela por establecer relaciones diplomáticas recíprocas<sup>17</sup>.

La noticia de este paso diplomático fue enviada poco después a Washington, con la intención de que el embajador venezolano activara, a través de la misión canadiense en esa ciudad, “las negociaciones iniciadas en Ottawa”<sup>18</sup>. Así lo procuró Alfredo Machado Hernández con diligencia: el 15 de abril de 1946 escribía a Caracas indicando que el 3 de ese mes se había entrevistado con el embajador canadiense. Según su testimonio, Lester B. Pearson le había señalado que Venezuela y Colombia “estaban entre los países con los cuales Canadá deseaba establecer relaciones diplomáticas”. Le advertía también, sin embargo, que “circunstancias de momento lo habían impedido”. Pearson, no obstante, quedó que escribiría al primer ministro de Canadá, en ese momento William L. Mackenzie King, dándole cuenta del interés venezolano. Aspiraba el diplomático que su gobierno solicitaría “los créditos necesarios para establecer la Misión”.

Ante el prolongado silencio de algo más de cinco meses, Carlos Morales, ministro encargado de exteriores, mandó un telegrama el 3 de julio de 1946 a Mackenzie King para reiterarle “el propósito de Venezuela de acreditar

---

16 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998., p. 160.

17 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp. 160-161.

18 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp. 161-163.

una Misión Diplomática en el Canadá”<sup>19</sup>. A solicitud del secretario de estado de relaciones exteriores de Canadá, el encargado de contestar fue el consejero de la embajada Británica en Caracas. La carta del 13 de julio de 1946 fue dirigida a Morales. En primer lugar, el consejero pedía disculpas de parte del gobierno canadiense por no haber enviado antes una respuesta ni a la propuesta de Pocaterra del mes de febrero ni al telegrama reciente. En segundo término, anunciaba que debido a “dificultades imprevistas” se había pospuesto la decisión. Dos días después, Morales recibía, por vía de la misma embajada, una correspondencia del primer ministro, quien deploraba no sólo la tardanza sino también las razones por las cuales Canadá debía aplazar el intercambio de misiones diplomáticas.

## LOS APUROS CANADIENSES

La respuesta de Mackenzie King a la cancillería venezolana del 15 de julio de 1946, fue directa y sincera. Por una parte, la propuesta de Venezuela había sido considerada con atención pero no había sido posible llegar a ninguna decisión “sin estudiar también la cuestión de la expansión de la representación del Canadá en el exterior”<sup>20</sup>. La situación del servicio exterior, indicaba, había sido difícil en tiempos de guerra, cuando se habían creado dieciséis nuevas misiones en el exterior, además de la reapertura de otras tres en los territorios liberados.

Los primeros meses de la posguerra tampoco habían sido sencillos. Según exponía Mackenzie King, había siete países representados en Ottawa a los que Canadá no había podido satisfacer todavía con representación alguna. La participación de Canadá en las Naciones Unidas, en otros organismos y conferencias internacionales había supuesto también “una carga pesada sobre el personal con experiencia”. Agregaba el primer ministro que personas ajenas al servicio diplomático, pero con cargos interinos por las urgencias de la guerra, tanto en Canadá como en el extranjero, “ya han vuelto o volverán pronto a sus anteriores ocupaciones”. En definitiva, el problema más apremiante era la “muchas dificultades para encontrar personal adecuado” para las nuevas misiones. En vista de las circunstancias,

---

19 Véase la sección documental en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp. 163-165.

20 El texto completo de esta importante carta en: CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, p. 165.



Mackenzie King comunicaba la imposibilidad de su gobierno de crear, en esos momentos, una misión diplomática, por lo que solicitaba aplazar la apertura “por un corto tiempo”. Pedía, por un lado, comprensión por la situación y, por otro, esperar otro momento en el que Canadá tuviese “mejor situación para recibir una misión de Venezuela”. En ese instante, el gobierno canadiense la “acogería cordialmente” y “se valdría de la primera oportunidad de reciprocirla.”

El “corto tiempo” duró seis años. En ese lapso los funcionarios gubernamentales no dejaron de rezongar la decisión, considerada de trato desigual con Venezuela. El resquemor se venía alimentando desde al menos 1944, según se entiende en una carta personal, fechada en Caracas el 27 de septiembre de 1944, de Forbes a su colega y amigo Robertson en Ottawa<sup>21</sup>. El agudo diplomático británico expresaba tanto su preocupación personal por las relaciones entre Canadá y Venezuela, con las cuales no estaba *entirely happy*, como el malestar ocasionado por la lentitud canadiense en las altas esferas del gobierno.

Para empezar el mismo presidente de la república, Isaías Medina Angarita, quien lamentaba no sólo la tardanza sino que estaba incluso herido ante el fracaso de una insinuación suya de visitar Canadá en enero de 1944. En ese mes, tal como apuntaba Forbes a manera de comparación, Medina había sido recibido con una cálida recepción por Franklin Delano Roosevelt en Washington. Dejando de lado las heridas personales del presidente venezolano, provocadas a fin de cuentas por su proceder inconsulto, el diplomático resaltaba que ni siquiera había una misión comercial canadiense fija en Caracas. Forbes urgía, por tanto, a actuar pronto si es que Canadá estaba interesada en Venezuela pues temía la reacción fuese *too late*.

Otras personalidades avizoraban lo mismo y advirtieron en su oportunidad a Ottawa. Uno de los más enfáticos fue C. S. Bissett, quien expuso con claridad la urgencia de abrir una embajada en Caracas en una carta a su superior en Ottawa, el director del departamento de industria y comercio, el 4 de agosto de 1947<sup>22</sup>. Bissett constituye una figura muy importante en este periodo. Había sido nombrado cónsul general y comisionado de comercio y el encargado de abrir y organizar la primera misión canadien-

---

21 LAC, RG25, Vol. 3280, File 6826-40.

22 LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40.

se en Venezuela en abril de 1946<sup>23</sup>, un paso afortunado de Ottawa para apaciguar los ánimos venezolanos.

Bissett fue directo al grano desde la segunda línea de su misiva. El funcionario estaba convencido de que la apertura de una misión diplomática era más que necesaria. En la esfera política, la situación no era tan dramática como en otros países de América Latina. Si bien pronosticaba “minor disturbances”, estos disturbios menores no afectarían los negocios. En la esfera comercial, Venezuela era un país pujante y con abundantes divisas, uno de los grandes problemas de otros países, en su mayoría privados de dólares. El comisionado argumentaba, además, que el establecimiento de la embajada en Venezuela estaba más que justificado desde el punto de vista de los negocios en comparación con otras misiones previas abiertas en América Latina. Criticaba así Bissett lo que parecieran decisiones equivocadas, o al menos apresuradas, del servicio exterior canadiense de la época.

La carta de Bissett, como la de G. Ogilve Forbes, era enfática. No hay que perder de vista que el funcionario estaba en Caracas, sujeto por tanto a recoger los gruñidos y reproches venezolanos por diversas maneras y caminos. En los dos casos, uno lee entre líneas que, en todo este asunto, una de las inquietudes primordiales era evitar el cambio de percepción hacia Canadá y los canadienses, muy positiva en Venezuela, en contraste con los sentimientos negativos hacia Estados Unidos y Gran Bretaña.

La incomodidad era acuciante: Bissett no dejó de observar que la molestia se instalaba, una vez más, en las alturas del poder político. En este sentido, el comisionado destacaba que Rómulo Betancourt, presidente de la junta cívico-militar desde octubre de 1945, había anunciado en una conferencia de prensa el 7 de mayo de 1946, la buena nueva del establecimiento de una misión diplomática en Ottawa, iniciativa rehusada por Canadá poco después. Visto en perspectiva, la osadía de Betancourt, sin prueba alguna de la aquiescencia canadiense salvo la del silencio, era la premura de su gobierno, surgido de un golpe militar, de obtener apoyos internacionales. Pero en ese momento, lo primordial era lo que Bissett comunicaba a su superior: la negativa había significado *un claro golpe a su 'amor propio' y prestigio*<sup>24</sup>.

23 LAC, RG25, Vol. 2976, File 3397-40.

24 LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40. C. S. Bissett escribía textualmente: “a distinct blow to his ‘amour-propre’ and to his prestige”.

Por las múltiples razones expuestas, el funcionario urgía a la instalación, en el menor tiempo posible, de la misión canadiense en Venezuela, considerada *essential* desde no pocos puntos de vista. El mensaje de Bissett, y sin duda otras manifestaciones de disconformidad, habían llevado al departamento de comercio canadiense a presionar al ministerio de exteriores para apurar el nombramiento de un embajador en Venezuela. Así lo informaba, de manera confidencial, una correspondencia de Ottawa del 1º agosto de 1950 dirigida a un importante gerente de la Standard Oil Company en Nueva York<sup>25</sup>.

Otro interesante personaje abogó por la causa venezolana. Se trató de Suzane Beullac, antigua empleada del servicio exterior canadiense, quien escribió a Lester Pearson, ministro de asuntos exteriores, futuro primer ministro y Premio Nóbel de la Paz, el 12 de octubre de 1950<sup>26</sup>. Por el contenido de su carta, la dama conocía bastante bien el país, los venezolanos y el *affaire* Canadá. Los argumentos de Beullac fueron certeros y coinciden con los de Bissett. El principal era el resentimiento venezolano ante la apertura de embajadas en Perú, México o Cuba, ignorando a uno de los principales socios comerciales en la región. Esta queja, enfatizaba la dama, la repetían con insistencia los funcionarios venezolanos, que no entendían, a fin de cuentas, el comportamiento canadiense.

Otra correspondencia de la misma época, dirigida a Ottawa después de la visita de la misión comercial de Canadá en octubre de 1950, apuntaba también, de manera inequívoca, tanto la zozobra venezolana como la animadversión ante la apertura de embajadas en Perú y Chile. En definitiva, en Venezuela se aceptaba a regañadientes un encargado de negocios pero sólo *for some time*, pues se estaba siempre pendiente de la llegada de un embajador<sup>27</sup>. Como otros ya habían señalado, el *affaire* era, en definitiva, una de las comidillas en los corrillos políticos con un resultado innegable: los sentimientos de los políticos nativos no eran los mejores hacia Canadá.

No es difícil entender entonces por qué la apertura de la misión diplomática en 1952 constituyó un auténtico acontecimiento diplomático

---

25 La carta sobre el particular, firmada por un tal Gordon, estaba dirigida a H. H. Hewetson de la Standard Oil Company en su oficina de Nueva York. El breve texto está reproducido en la sección documental del trabajo de CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, p. 170.

26 LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40.

27 LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40.

en Caracas. La buena nueva vino desde Washington con fecha del 6 de octubre de 1952 de la pluma de Hume Wrong, embajador canadiense en Estados Unidos. El diplomático informaba a su colega de Venezuela que Canadá estaba "preparado para dar los pasos inmediatos para crear una Embajada en Caracas"<sup>28</sup>. Wrong adelantó incluso el nombre del flamante, y tantos años esperado, escogido para el cargo: Henry Gordon Norman. Venezuela, por su parte, creó la embajada en Canadá en marzo de 1953. El primer embajador venezolano fue el poeta Fernando Paz Castillo. Un fructífero intercambio comercial, político y cultural se profundizó desde entonces.

## LOS EMBAJADORES VIAJEROS

Según señalaba A. J. Pick, funcionario de la división de América Latina del servicio exterior canadiense, en septiembre de 1962<sup>29</sup>, una de las políticas del departamento era alentar a los funcionarios en el exterior a viajar por los países donde servían. Esa fue la práctica, en efecto, de al menos los primeros cuatro embajadores canadienses en Venezuela. Algunas veces viajaban por invitación del gobierno, otras por convites de colegas del cuerpo diplomático, pero la mayoría fue por decisión propia, de común acuerdo con Ottawa, con la finalidad de servir los intereses canadienses.

Más allá de la agenda política, que ocupa gran parte de la correspondencia, los temas económicos, sociales, culturales, ambientales y espaciales surgen con frecuencia en los escritos de estos eficientes funcionarios públicos: lejos de permanecer en la comodidad de sus oficinas y residencias en Caracas, viajaron por el interior, internándose en el país profundo, cuyas vistas comunicaron a sus superiores en Ottawa. Gracias, por tanto, a la pluma de Henry Gordon Norman (1953-1956), Richard Plant Bower (1956-1958) e Yvon Beaulne (1962-1964) es posible penetrar en diversos aspectos

---

28 El texto completo de la misiva, y toda la documentación que ésta generó, en la sección documental del trabajo de CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp. 171-173.

29 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40. En sus propias palabras: "...it is the Department's policy to encourage officers serving abroad to travel extensively in the country to which they are accredited."

de Venezuela, un país, según recalcaban sus destacados informantes<sup>30</sup>, con un futuro promisorio.

### *A LAND OF MAÑANA*

El primer embajador marcó la pauta del estilo de la diplomacia canadiense en Venezuela. Henry Gordon Norman arribó al país a mediados de diciembre de 1952, en un momento de gran inestabilidad política: Marcos Pérez Jiménez había recién expulsado a varias figuras del partido Unión Republicana Democrática, algunos de cuyos líderes habían sido elegidos para formar parte de la Asamblea Nacional Constituyente. Un informe canadiense de la época calificaba la decisión de "politically inept"<sup>31</sup>, pues no había hecho sino caldear los ánimos en contra del dictador.

Norman llegó a Caracas en medio de esa efervescencia el 17 de diciembre de 1952. Su primer informe un mes después trató el tema de las elecciones del 30 de noviembre y el malestar subsiguiente<sup>32</sup>. Advertía, sin embargo, que la información verídica, o aproximada a la verdad, era difícil de obtener. La visión del gobierno era reflejada por la prensa, pero esa era una parte de la realidad, viciada la mayoría de las veces. Debido a la situación, más las fiestas de diciembre, el funcionario no había presentado sus credenciales ni tenido todavía una reunión con funcionario del gobierno alguno. Sus fuentes de información eran las conversaciones sostenidas con hombres de negocios y las más confiables de sus colegas de las embajadas de Gran Bretaña y de Estados Unidos.

Los puntos esenciales de su correspondencia a Ottawa fueron dos: las elecciones de noviembre habían sido fraudulentas y el gobierno se mantenía gracias al apoyo militar. Según indicaba con precisión, los rumores iniciales aseguraban que el partido Unión Republicana Democrática estaba

---

30 Joseph-Louis Couillard, embajador entre 1958 y 1962, fue otra figura relevante de la diplomacia canadiense. Incomprensiblemente encontré poquísimos materiales de su parte dirigidos a Ottawa, lo que constituye una lástima, pues estuvo algo más de tres años en el país y dos de sus hijos nacieron en Venezuela. Más todavía: en una entrevista con Rómulo Betancourt, el mismo presidente se mostró entre asombrado y complacido de saber que para la fecha de la reunión (mayo de 1961) Couillard ya había visitado los 23 estados del país. LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40.

31 LAC, RG25, Vol. 2976, File 3397-40.

32 LAC, RG25, Vol. 2976, File 3397-40.

ganando los conteos, con el partido del gobierno en tercer lugar. El conteo de los votos quedó luego varios días en suspenso hasta el 13 de diciembre cuando se dieron los resultados definitivos. Más todavía: el 9 de enero de 1954, la Asamblea Nacional Constituyente, con mayoría gubernamental, confirmó a Pérez Jiménez como presidente provisional del país hasta la restitución de un gobierno constitucional. Llegó Norman entonces a un país con una economía pujante pero con una situación política tensa.

Uno de los aspectos que más impresionó al embajador era la evidente pujanza económica, en particular sus manifestaciones en el área urbana de Caracas, donde el gobierno estaba abocado a levantar importantes obras públicas con fines muy particulares. En un informe del 1º de septiembre de 1954<sup>33</sup>, el diplomático indicaba la necesidad del gobierno de mantener a la gente ocupada, al igual que admirada por las obras públicas, para obtener el *favor popular* y hasta *quizá incluso justificar sus pretensiones sobre su status democrático y constitucional en la próxima elección*<sup>34</sup>. En el mismo informe señalaba, no sin admiración, como en sus viajes al occidente del país, a los campos petroleros del oriente y a los paisajes mineros de Guayana, había observado parte del programa gubernamental que intentaba *transformar a Venezuela en un estado moderno con una economía diversificada y autosuficiente*<sup>35</sup>.

Sobre este mismo asunto volvió en varias de sus cartas, tan avasallante era la evidencia física de las pretensiones gubernamentales, detrás de las cuales se escondían otras apetencias. Así, el 6 de diciembre de 1951, Norman volvía a informar que la mayor ambición del gobierno consistía, según *todas las apariencias*, en crear un país moderno<sup>36</sup>. Las formas y fachadas no le confundían, sin embargo, porque luego anotó que, en realidad, el *interés más profundo* del régimen era en realidad otro: mantenerse en el poder<sup>37</sup>. Para lograrlo obsequiaba con desmesura a su principal soporte:

---

33 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

34 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40. El original: "the government evidently hopes to win popular favor and perhaps justify in the next elections its pretensions about its democratic and constitutional status".

35 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40. El original: "transforming Venezuela into a modern state with a diversified and self-sufficient economy".

36 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

37 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40. El texto original: "To all appearances the government's greatest interest is in its ambitions plan for providing the country with the

de todos los componentes de la sociedad venezolana, *las fuerzas armadas eran las favoritas*.

Las grandes celebraciones constituyeron una pieza clave en la promoción de la obra del régimen el cual, según Norman, aprovechaba la ocasión *dramatically*. Entre ellas figuraba la semana de la inauguración en diciembre, cuya duración podía extenderse todo un mes, entre los preparativos, los eventos en sí mismos y el "afterglow", vale decir, la propaganda posterior desplegada por la prensa gubernamental para mantener en éxtasis a los ciudadanos con las obras recién inauguradas. Ello permitía después un largo descanso al dictador que, en esa ocasión al menos, había desaparecido de la escena pública hasta febrero de 1955<sup>38</sup>. La semana de la patria era otra celebración que, parafraseando a Norman, era festejada de manera dramática. Celebrada todos los años a partir de 1953, la semana giraba alrededor del 5 de julio, una ocasión para homenajear a Simón Bolívar. Norman advertía, sin embargo, que los tres propósitos principales eran otros: estimular un sentimiento nacionalista y hacer popular tanto al gobierno como a las fuerzas armadas<sup>39</sup>.

Los viajes por el interior fueron parte frecuente de la agenda del embajador Norman. Como bien advertía a Ottawa, la ciudad de Caracas dominaba de tal manera al resto del territorio, que se olvidaba con facilidad que ella no era el país, ni lo representaba de manera adecuada. De allí sus recorridos por el interior de la república para constatar otras realidades lejos de la dominante capital. En todas sus marchas, la evidencia más notable era el estándar de vida del interior, muy inferior al caraqueño, tal como informaba a Ottawa en septiembre de 1955<sup>40</sup>.

Entre sus giras más importantes figura la realizada a occidente, tan sólo dos meses después de su llegada<sup>41</sup>, cuando todavía ni él ni su esposa hablaban español. La incursión la realizó entre el 12 de febrero y el 2 de marzo de 1953, visitando Aragua, Carabobo, Lara, Trujillo, Mérida, Táchira y Zulia. El reporte del viaje gustó mucho en Ottawa porque cumplía con tres aspectos básicos de la labor que todo embajador debería cumplir:

---

basic capital needs of a modern economy (...) I say 'to all appereances' because I should think the government's deepest interest is to stay in power".

38 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

39 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

40 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

41 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

conocer el país, mantener relaciones con los locales y dar a conocer mejor Canadá. El reporte circuló por diversos departamentos del ministerio de exteriores e incluso fue publicado en *The P.W. News* (Price Waterhouse & Co. in Canada) en abril de 1953. Norman no sólo se limitó a describir lo que veía sino la manera de tratar con los funcionarios públicos locales, claves en la buena marcha de las inversiones canadienses.

El embajador Norman visitó el oriente de Venezuela por primera vez entre el 25 de abril y el 7 de mayo de 1953<sup>42</sup>. El periplo, realizado con su esposa y F. Clark, encargado de negocios de la embajada, incluyó Nueva Esparta, Anzoátegui, Sucre, Monagas y Guárico. Según el embajador, habían recorrido 840 millas (1351.5 km) en automóvil y 381 (613 km) en avión. En esa incursión, el diplomático no sólo captó los cambios paisajísticos en las principales ciudades petroleras orientales sino que hurgó en los sentimientos hacia Canadá. La percepción local era buena, si bien la queja principal de los nativos era que nunca habían visto canadiense alguno. Norman sugería, por tanto, recomendar a los inversores canadienses profundizar sus contactos comerciales, persuadiéndolos de la necesidad de visitar esos apartados parajes para conocer a los clientes. Este reporte fue también muy bien recibido y circulado no sólo por varios departamentos gubernamentales en Ottawa sino por varias misiones en América Latina. Así se lo informaba su superior Jules Léger, quien celebraba la manera cómo el diplomático ponderaba la influencia de los diversos estados en la política y economía venezolanas<sup>43</sup>.

Al seguir las palabras de todos sus recorridos, se puede constatar que a Norman no le cabía ninguna duda sobre las magníficas perspectivas de Venezuela, un país con todos los elementos para un mañana boyante. Observaba con preocupación, sin embargo, la sujeción a situaciones y estructuras políticas que podían entorpecer los mejores propósitos. Uno de los principales problemas observados, y que comprometía, a su juicio, el desarrollo de los proyectos, era la centralización del poder en la capital y, por consiguiente, la dependencia extrema de los estados, cuyo presupuesto dependía casi en exclusiva de los arbitrios del centro político.

No le tomó tampoco mucho tiempo en darse cuenta que el sentido de la continuidad era precario, cuando no inexistente: muchas cosas se

---

42 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

43 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.



dejaban en suspenso para un incierto mañana, casi siempre irrealizable. Por eso muchos proyectos nunca llegaban a materializarse o, peor todavía, se paralizaban en plena ejecución, para cambiar por otros más recientes. A decir de Norman, los proyectos sobraban dondequiera pero advertía a Ottawa que *no se debía contar demasiado en los resultados inmediatos de todos estos planes debido a que Venezuela era una tierra del 'mañana'*<sup>44</sup>.

## DE TURÉN A PUERTO AYACUCHO

De los primeros cuatro embajadores, fue Richard Plant Bower, de servicio entre 1956 y 1958, el más preocupado por los sentimientos en contra de algunas nacionalidades y la inmigración. En el primer caso, en una carta a sus superiores de fines de octubre de 1956, indicaba su sorpresa ante el profundo sentimiento antibritánico. Sólo esperaba que esa aversión no salpicara algún día a los canadienses, de lo que no estaba seguro<sup>45</sup>.

En otra correspondencia del 3 de mayo de 1957, Bower comentaba con acritud los defectos de la política de inmigración venezolana. Preciso y contundente, y con no pocos datos en su haber, el diplomático opinaba que si los vicios pudieran resumirse en una sola voz, la palabra más adecuada sería *inhumanity*<sup>46</sup>. La inhumanidad venezolana tenía varias aristas y de ella no se salvaban el inmigrante, independientemente si llegaba al país por sus propios medios, "importado" por el gobierno para las colonias agrícolas, o de cualquier otra manera o esquema. La persona, en definitiva, argumentaba Bower, se convertía en un ciudadano de segunda clase. Según su opinión no sólo la recepción, cuando había alguna, era insuficiente. Peor era la discriminación en materia de empleo y justicia. Testimonios parecidos se encuentran en documentos diplomáticos daneses y alemanes de la época<sup>47</sup>.

44 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40. En sus propias palabras: "One should not count too much on immediate results from all these plans, as it is a land of 'mañana'.

45 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

46 LAC, RG76, Vol. 830, File 552-1-640. Todo lo que sigue sobre la Colonia Turén, un resumen del informe del embajador Richard Plant Bower, proviene de la misma fuente.

47 Las apreciaciones de Bower sobre la inmigración coinciden con otras referencias diplomáticas sobre el tema de colegas daneses y alemanes. De esta manera, un alto funcionario danés, en carta fechada en Copenhague el 24 de abril de 1940 dirigida a un colega alemán en Berlín, le advertía sobre las dificultades y problemas en la Colonia Chirgua debidos, en su mayor parte, al comportamiento de los funcionarios de inmigración venezolanos, que

Un ejemplo contundente era la Colonia Turén. Según Bower, quien no se equivocó en ninguna de sus predicciones, las motivaciones de este plan agrícola, como tantos otros en Venezuela, lucían *sound and commendable* pero la práctica mostraba, muy a menudo, que la fiabilidad y lo laudable de un proyecto se estrellaban contra la realidad. En el caso Turén, el diplomático aseguraba que la ambición y la avaricia de ciertos funcionarios, ávidos de enriquecerse a costa de otros, frustraba las buenas intenciones del proyecto agrícola. Entre otros temas, la corrupción y el soborno campeaban de la manera más cruel. De esta forma, los colonos no podían comprar los instrumentos y equipos agrícolas sino a través de la administración, cuyos precios eran exagerados. El importador del equipo era, irremediablemente, o un funcionario público o un oficial del ejército. La cosecha debía también venderse a través de la administración, cuyos precios eran inferiores a los del mercado. Quienes se endeudaban además con los funcionarios caían en un círculo vicioso difícil, cuando no imposible, de deshacerse.

Por otra parte, la actitud de la administración era casi la de un canchero de campo de concentración. Para salir del lugar era necesario obtener un permiso de la policía. El diplomático acusaba en su escrito a la mayoría de los funcionarios de la colonia agrícola, cuyo nivel de inteligencia e integridad dejaban mucho que desear. No eran pocos los que nada hacían si no se les pagaba. Más todavía: el dinero que los colonos depositaban en la administración hasta llegaba a desaparecer. Más de una vez un individuo no pudo retirar sus ahorros por falta de liquidez. Bower consideraba que el gobierno, a pesar de todo, mantendría el proyecto, más por orgullo que por otra cosa. Según su parecer, la colonia estaba condenada al fracaso, incluso con una gerencia afortunada. No había sino mirar alrededor y comprender la realidad venezolana en materia laboral. Por más ilustrada

---

habían malogrado la suerte de 48 familias danesas en 1938, algunas de las cuales habían regresado a Dinamarca. PA-AA, Berlin. *Kult. E Akten*, Band 5, R67287 (*Politisches Archiv. Auswärtiges Amt*). Por otra parte, a pesar de todo el empeño alemán por el éxito de la Colonia Turén, entre ellas el apoyo material y espiritual a sus colonos y las reiteradas visitas de inspección de los diplomáticos germanos, una carta de Bonn al nuevo embajador en Caracas en abril de 1955, le pedía tomar precauciones en el caso Turén. En este sentido, un informe de la visita a la colonia, efectuada por un reputado geógrafo hamburgués en 1953, había destacado que no sólo los colonos pasaban muchas necesidades sino que la política de asimilación del gobierno venezolano no era la más adecuada. Informes posteriores advertían, además, sobre la preocupante escalada de la xenofobia en el país. PA-AA, Berlin, B 11-VEN, 1356 y 1355 (*Politisches Archiv. Auswärtiges Amt*).

y eficiente que fuese la administración, ésta tenía que enfrentar un hecho innegable: la recompensa por el trabajo agropecuario era mucho menor a la petrolera, minera y de construcción.

Bower se dedicó también a viajar por Venezuela. Como todos los embajadores de la época, una de sus primeras visitas fue a Maracaibo, invitado por las compañías petroleras Shell y Creole, a mediados de mayo de 1957<sup>48</sup>. Entre otras diligencias, el embajador se entrevistó con algunos compatriotas, en mayor número de los que él había imaginado. Para su sorpresa incluso, los encontró muy entusiastas de vivir en el lugar, opresivo a su juicio por las altas temperaturas. La mayoría trabajaba en las petroleras pero otros individuos eran empleados de la compañía de electricidad local, subsidiaria de la International Power Co. de Montreal.

En diciembre de 1956, el diplomático visitó Bolívar y Amazonas, un periplo de casi quince días<sup>49</sup>. Su narración tiene todas las características de quién enfrenta por primera vez no solo la selva, sino también a humildes venezolanos, en situaciones y parajes muy distintos de los usuales donde se mueve todo embajador. Fue un viaje de placer, con su esposa y dos hijos, con quienes intentaba establecer *family connections*, difíciles de lograr si viajaba solo. El periplo hasta Ciudad Bolívar lo hicieron en automóvil. No dejó de sorprenderse cuando observó el Orinoco, un *fabulous river*, cuya primera vista le pareció *quite impressive*.

El embajador Bower observó dos problemas ambientales. Uno de ellos los incendios, cuyas llamas devastaban parte de los llanos. Otro desastre era la indiscriminada destrucción de los caimanes bajo el alegato de su ferocidad, por la cual, se argumentaba en la región, eran aniquilados no pocos lugareños. El gobernador del estado Bolívar era el principal verdugo de la ejecución de los reptiles. Detrás del exterminio, sin embargo, se escondía un ávido mercado de consumidores, cuyas fauces devoraban con gusto la carne de caimán, vendida como pescado en Caracas. Según sus informantes, sólo en la capital se habían vendido más de veinte mil toneladas en 1951. El mismo embajador comió del reptil, indicando que su carne era *undistinguishable from the best veal*, vale decir, irreconocible de la mejor ternera, a la que se parecía, según su paladar, más que al pescado.

---

48 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

49 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

Caicara fue una de las paradas a orillas del Orinoco. En ese pequeño y paupérrimo poblado, el prefecto los llevó varios kilómetros tierra adentro *where a pig was to be killed and roasted in our honour*. El puerco había sido sacrificado, en efecto, y luego asado en honor de tan dignos viajeros, en un convite en el que participó incluso un misionero, quien apareció de la nada con una botella de whiskey canadiense, compartida luego con quizá demasiado deleite por todos los presentes. El alegre hombre de sotana no fue el único participante del improvisado sarao. Para asombro de los ilustres visitantes, la noticia de la visita se había extendido por la zona, acudiendo hombres de negocios, agricultores, el maestro y el banquero locales<sup>50</sup>.

Pequeñas aldeas como Puerto Páez le parecieron pobres y abandonados, no así Puerto Ayacucho, la capital del denominado entonces Territorio Federal Amazonas, pequeña pero moderna. Lo mismo opinó, algunos años después, J. R. Roy, segundo secretario de la Embajada, en su viaje por los mismos parajes en diciembre de 1962. Había también encontrado allí, como en otras ciudades del interior, gente agradable y atenta, en tremendo contraste con los caraqueños<sup>51</sup>. Otro gran viajero de esta época fue A. D. Ross, diligentísimo encargado de negocios, cuyos periplos ya le habían llevado por 15 de los 20 estados, además del Distrito Federal y uno de los territorios federales, a fines de enero de 1962<sup>52</sup>.

## ENTRE VIAJES Y CONFERENCIAS

Como sus antecesores en el cargo, Yvon Beaulne fue un hombre muy calificado y activo como embajador. Llegó a Venezuela en febrero de 1962, luego de presidir la jefatura de la recién fundada división latinoamericana del departamento de relaciones exteriores. Como bien lo expresaba Manuel R. Egaña, embajador de Venezuela en Canadá, con Beaulne, "Venezuela ganará un excelente Embajador, muy penetrado del desarrollo de las re-

---

50 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40. En palabras de Bower: "...The news of our coming had been spread far and wide and local businessmen, ranchers, the teacher, bank manager, and even a missionary showed up to sample Canadian whiskey which they all enjoyed rather too much..."

51 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

52 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

laciones comerciales entre los dos países y dispuesto a poner de su parte todo lo posible para mejorarlas”<sup>53</sup>. No se equivocó.

Los viajes no fueron menos importantes en su agenda<sup>54</sup>. El Zulia, por supuesto, figuró en primera línea. Según celebraba la prensa, una de sus visitas más importantes a ese estado, efectuada en abril de 1962, la realizó tan sólo una semana después de haber presentado sus credenciales. Maracaibo lo recibió con una numerosa comitiva, como era costumbre en la época, e impensable en la actual: el gobernador y funcionarios públicos, el obispo, el rector de la Universidad del Zulia, los directores de la compañías petroleras Shell y Creole, el director local del Royal Bank de Canadá así como también miembros *of the Canadian colony*. Beaulne recorrió algunas áreas petroleras de la costa oriental del lago donde observó, desde un helicóptero de la Shell, la emergente ciudad de Lagunillas y sus contornos. En el almuerzo en su honor, conoció a 10 ingenieros canadienses, contratados por la Mene Grande. Beaulne dio inclusive una recepción en el Hotel del Lago para los 103 canadienses registrados en el Zulia. Acudieron alrededor de 80 personas.

Según cuenta el embajador, algunos hombres de negocios en Caracas le habían descrito Maracaibo como *a moribund city*. Beaulne, por el contrario, encontró a la urbe lejos de su estado de “moribunda”, con una próspera actividad económica. La capital del Zulia, no obstante, sí había experimentado regresiones importantes. Era un hecho que las petroleras invertían menos, prefiriendo mandar a sus gerentes a Caracas, Lagunillas y otras pujantes ciudades en la costa oriental del Lago. Según las voces locales, los culpables eran las autoridades municipales marabinas y sus *exorbitant demands* (posiblemente elevados impuestos) que espantaban a los inversores. Todo lo contrario sucedía en Valencia, cuyos funcionarios la había hecho prosperar y convertido a Puerto Cabello en el principal puerto del país. Pese a esos inconvenientes, Beaulne no dejó de estimar la potencialidad de la ciudad e incluso admirar uno de los iconos de su prosperidad en construcción, el puente sobre el lago de Maracaibo, inaugurado por el presidente Rómulo Betancourt cuatro meses después.

---

53 La carta a Marcos Falcón Briceño, Ministro de Exteriores de Venezuela, está fechada en Ottawa el 23 de noviembre de 1961. Véase CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp. 176-177.

54 Todo el material que sigue en LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

Los detalles más interesantes de este periplo zuliano, provienen, sin embargo, de su visita a la humilde parroquia de San José, dirigida por los padres canadienses del Santísimo Sacramento (Fathers of the Blessed Sacrament), y al seminario diocesano, donde dos sacerdotes canadienses eudistas habían preparado un concierto en su homenaje. Beaulne refiere la conversación que sostuvo con Domingo Roa, obispo de Maracaibo, quien apreciaba sobremanera la labor de los padres canadienses. Según su testimonio, los eudistas habían sido claves en la construcción y organización del seminario, en ese momento con 225 estudiantes.

Por su parte, los siete sacerdotes de la congregación del Santísimo Sacramento habían jugado un papel primordial en la transformación de la parroquia. Entre otras cosas, habían enseñado el sentido comunitario, un sentimiento escaso, cuando no inexistente, en otras partes. Según el obispo, la faena más trascendente había sido inculcar en los parroquianos el valor de la autosuficiencia e independencia, en un medio social que esperaba todo de arriba, del gobierno en primer lugar. Así, ante la queja perenne de los parroquianos, críticos impenitentes del gobierno por no atender sus demandas para construir una escuela, los padres auparon la idea de fabricarla ellos mismos, una auténtica novedad en el lugar. Pero lo lograron: la escuela había sido construida y recibía ayuda gubernamental.

Yvon Beaulne fue también uno de los embajadores canadienses de la época que más se abocó, a través de conferencias, al conocimiento de Canadá y aunar las relaciones entre su país y Venezuela. Entre ellas figura una charla en el Hogar Americano a comienzos de 1963 sobre su país, tierra de dos culturas, bien reseñada por *El Universal* del 25 de enero. Otra muy comentada fue "Lenguas internacionales", dictada por invitación en la Universidad Católica Andrés Bello en abril de 1963, sobre la evolución cultural y política de Canadá y Venezuela<sup>55</sup>.

## UN BALANCE NECESARIO

Quienes han estudiado las relaciones de Canadá con América Latina destacan que los territorios al sur del río Grande fueron por mucho tiempo una "terra incognita", con los cuales se mantuvieron relaciones *to a minu-*

---

55 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

*mum* <sup>56</sup>. Se trataba de vínculos de carácter comercial y financiero, pues todo lo demás era *unimportant*, según se afirmaba en 1938<sup>57</sup>. Además de su estatus dentro del imperio británico, otras razones del aislamiento canadiense fueron su mayor cercanía geográfica y cultural con Europa, Inglaterra y Francia en particular en razón de sus lazos ancestrales, sus estrechos contactos con Estados Unidos, cuyo gran traspatio era justamente Latinoamérica, además de la posguerra y, desde luego, la Guerra Fría. En síntesis, Canadá tuvo poco o ningún interés en los asuntos hemisféricos, en un periodo considerado de aislamiento, de pocos contactos bilaterales y de escaso interés, cuando no descuido, de lo que sucedía en esos territorios, en un vasto periodo de tiempo entre 1867 y 1967<sup>58</sup>.

Según los estudiosos del tema, el gran cambio surgió durante los gobiernos de Pierre Elliot Trudeau, el primero entre 1968 y 1979, y luego entre 1980 y 1984. Ese periodo es considerado una especie de época dorada de las relaciones de Canadá con América Latina. No obstante, la auténtica "época dorada" de la diplomacia canadiense tuvo lugar entre 1948 y 1957, bajo la magistratura de Louis St. Laurent, cuyo ministro de exteriores estrella fue Lester B. Pearson<sup>59</sup>. En honor a la verdad, sin embargo, el carismático Trudeau fue el primer ministro canadiense en visitar varios países de América Latina a comienzos de 1976, entre ellos Venezuela, además de México y Cuba.

La espectacularidad de ese viaje no debe marginar la evidencia más notable: Trudeau disfrutó de una plataforma de relaciones que el servicio exterior canadiense había tejido con cuidado, y no sin dificultades, con sus vecinos del sur desde al menos 1938 cuando Canadá abrió su primera embajada en Brasil. Auxiliaron a construir esa red diversas misiones comerciales, entre ellas la de C. D. Howe, ministro de industria y comercio, en 1953. Más todavía: fue durante el gobierno de John Diefenbaker (1957-1963) cuando por primera vez un ministro de exteriores visitó de manera

---

56 Entre ellos HAAR y DOSMAN, 1993, pp. 29-32.

57 MACKAY y ROGERS, 1938, p.145.

58 Sobre el particular consúltese el interesante libro de STEVENSON, 2000. Sugestivas son también las obras de HUMPHREY, 1942 y de ROCHLIN, 1994.

59 En su libro ya citado KIRTON, 2007, divide los periodos en "Golden Decade", entre 1948 y 1957, de "Silver Age" entre 1957 y 1963 y de "Bronze Age" entre 1963 y 1968.

oficial Brasil, Perú y México. Eso ocurrió en 1961 cuando, por lo demás, Canadá tenía ya representaciones diplomáticas en todo el hemisferio<sup>60</sup>.

La intensidad de esos vínculos no fue pareja pues dependió tanto de las circunstancias políticas y económicas de cada país como de los intereses específicos canadienses. Lo evidente es que todas esas aproximaciones rompieron, de una vez por todas, el hielo de la incomunicación y provocaron, en el lapso de treinta años, que las relaciones diplomáticas entre Canadá y América Latina no fueran *unimportant* a mediados de la década de 1960. En pocas palabras: el interés particular de Trudeau, que benefició, sin duda alguna, a ambas partes, encontró un territorio convenientemente abonado por tres décadas de trabajo continuo e intenso cuyos protagonistas fueron los funcionarios diplomáticos de ambas partes. Esta situación es evidente en el caso de Venezuela donde los canadienses estuvieron muy activos desde la primera misión al mando de C. S. Bissett en 1946, y muy en particular a partir de diciembre de 1952 cuando el primer embajador llegó a Caracas. Por su parte, la intensidad de la acción venezolana fue, como se ha destacado, fundamental en el acercamiento de las dos naciones hasta la apertura de las relaciones diplomáticas. Su decidida acción posterior en Canadá merecería un estudio particular.

Analizado en perspectiva, el balance diplomático de veinte años en Venezuela procuró un mayor entendimiento entre los dos países y aseguró el éxito de las relaciones hasta el presente. Desde el punto de vista comercial, los acuerdos fueron múltiples y sufrieron continuas renovaciones a través de los años. De esta manera, sólo entre 1950 y 1967, el *Modus Vivendi* de las relaciones comerciales se profundizaron casi una decena de veces<sup>61</sup>. De igual forma, las misiones comerciales visitaron el país no sólo en los años claves de 1950 y 1953, sino también en 1964, cuando vino la misión estratégica del "Hierro y Acero". Por su parte, Jean Luc Pépin, ministro de minas y estudios técnicos, visitó el país en 1966, en tiempos de Lester B. Pearson, cuyo mandato concluyó en 1968. Todas estas circunstancias prepararon el camino para un gran misión ministerial en octubre de 1968, la primera de la época Trudeau, cuando Pépin, esta vez como ministro de industria y comercio, regresó a Venezuela acompañado de una nutrida delegación de destacadas figuras de círculos oficiales y privados del Canadá.

---

60 KIRTON, 2007, p.350.

61 Todos los datos que siguen han sido extraídos de la cronología del trabajo ya citado de CONTRERAS RAMÍREZ, 1998, pp. 190-192.



Como lo han demostrado los recorridos de los embajadores, el petróleo fue un señuelo primordial en las relaciones bilaterales. Bien lo destacaba una publicación del departamento de industria y comercio dedicada a Venezuela en 1958<sup>62</sup>: el país era el segundo productor mundial de petróleo, una industria repleta de dólares, de los cuales había abundancia. Venezuela era entonces una de las doce naciones que escapaba la “economic malady” de su escasez. Como el país no padecía esa “enfermedad”, las oportunidades para los negocios eran múltiples, pues el país requería bienes y servicios que Canadá podía suplir. De allí la invitación del ministerio a los inversores canadienses a conocerlo, garantizándoles asistencia antes, durante y después de la visita, en la cual, por lo demás, serían atendidos por la representación en Caracas. Ya lo advertía, en febrero de 1956, el embajador Norman cuando señalaba el gran número de hombres de negocio canadienses que pululaban por la ciudad en esa época del año<sup>63</sup>.

En la esfera de los negocios petroleros, bien avizoraba Rómulo Betancourt un intercambio creciente con Canadá. Por eso creía conveniente que Juan Pablo Pérez Alfonso, ministro de minas e hidrocarburos, visitase el país del norte, tal como le expresara al embajador Couillard en una reunión privada sostenida el 16 de mayo de 1961. En sus campos petroleros, el artífice de la OPEP observaría no sólo la industria de cerca sino subrayaría con su presencia la importancia que el gobierno de Venezuela le concedía al intercambio petrolero con Canadá, *such a vigorous country*, según la apreciación de Betancourt<sup>64</sup>.

A decir verdad, las relaciones comerciales entre los dos países no hicieron sino aumentar desde 1947. Venezuela se convirtió incluso en el primer socio comercial de la región en algunos años. Así sucedió, por ejemplo, entre 1956 y 1958, 1960, y entre 1967 y 1969, cuando el volumen del intercambio estuvo por encima de los de México, Brasil, Argentina, Cuba, Colombia Perú y Chile. En 1961 y 1963 ocupó el segundo lugar, después de México<sup>65</sup>. La harina de trigo era el bien más importado por Venezuela. El petróleo el principal producto comprado por Canadá.

---

62 *Venezuela: Land of Oil... Dollars... Opportunities*, 1958.

63 LAC, RG25, Vol. 4427, File 12344-40.

64 LAC, RG25, Vol. 3272, File 6453-40.

65 *Canada Year Book*, años 1960, 1965 y 1971.

Por otra parte, la presencia canadiense en la vida económica venezolana de entonces era espacialmente visible a través del Royal Bank of Canada<sup>66</sup> con oficinas en Caracas, Maracaibo y Ciudad Bolívar. También fue significativa la C. A. Energía Eléctrica de Venezuela en Maracaibo, con subsidiarias en Barquisimeto y El Tocuyo, entre otras inversiones en 1948<sup>67</sup>. Bien lo había advertido con claridad meridiana un estudio en 1942: incluso si el comercio con América Latina no parecía prometedor, en comparación con los intercambios entre Estados Unidos y Europa, eso no significaba que Canadá podía darse el lujo de descuidar la región<sup>68</sup>.

Los asuntos sociales y culturales no dejaron de ser sugestivos. Uno de los aspectos más interesantes, y desconocidos por lo demás, es que Canadá fue el destino de algunos individuos que buscaron en el norte una mejor calidad de vida, tal como ha sido de nuevo el caso, aunque en mayor proporción, en los últimos años. Según las estadísticas de la embajada, un año pico de solicitudes había sido 1958, tal como informaba Yvon Beaulne a Ottawa en septiembre de 1962<sup>69</sup>. En el plano político, el detonante había sido la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez pero el embajador refiere también el fin de una época en la esfera económica, signada por diez años de *exaggerated and euphoric boom*. Como sugiere Beaulne, la incertidumbre ante los nuevos tiempos, a lo que agregaríamos las persecuciones sufridas por los partidarios del régimen y no pocos extranjeros, accionaron la partida.

Tampoco faltaron emigrantes en tiempos de democracia, para gran irritación del gobierno de Venezuela, que impidió incluso la visita de un equipo de inmigración canadiense de gira por el área del Caribe. El grupo lo formaban dos funcionarios del BIQ (*Bureau d'Immigration du Québec*) un médico y un estenógrafo, cuya labor era reclutar a individuos para trabajar en Canadá, inmenso pero deshabitado país. Una nota de Caracas del 29 de junio de 1962 informaba sobre una misiva del gobierno a Beaulne

---

66 Una carta del gerente del banco, J. A. Noonan, del 25 de junio de 1943, anotaba que el banco estaba en Venezuela desde antes de 1935. LAC, RG25, Vol. 3213, File 5372-40.

67 LAC, RG25, Vol. 2976, File 3397-40. El informe sobre los intereses canadienses en Venezuela data del 19 de febrero de 1948.

68 HUMPHREY, 1942, p. 13.

69 LAC, RG76, Vol. 830, File 552-1-640. La carta del embajador no indica el número de solicitudes, tampoco la nacionalidad de las personas.

indicándole que la referida misión no sería bienvenida<sup>70</sup>. Esa intervención majadera no impidió la emigración de algunos. Así lo revela una carta de Fernand Sauvé, jefe de operaciones de la oficina de inmigración en Ottawa, del 25 de enero de 1963. Según sus estadísticas, el gobierno canadiense había aceptado las solicitudes de setenta y siete personas de las más variadas profesiones, a saber: agricultores (37), electricistas (6), médicos (5), peluqueros (4), comerciantes (4), mecánicos de automóviles (4), tapiceros de autos (3) economistas (3), vendedores (3), contadores (3), biólogos (2) secretarias de banco (2) y un joyero<sup>71</sup>.

La presencia de estudiantes venezolanos en Canadá fue también un aspecto significativo del periodo. El embajador Norman ya advertía, en mayo de 1954, la creciente demanda por información sobre los estudios en su país. En esa época, unos 200 niños estudiaban en *private schools or junior colleges*<sup>72</sup>. El tercer nivel de la educación también fue atractivo: para el periodo 1958-1959 había 32 estudiantes venezolanos en universidades canadienses, la cuota más alta de América Latina después de los dominicanos, que sumaban 41<sup>73</sup>. En otro plano de los intercambios culturales, el embajador Couillard informaba, en noviembre de 1959<sup>74</sup>, sobre la exhibición de arte esquimal (hoy diríamos inuit) en Maracaibo, toda una sensación en las antípodas del Ártico.

## A MANERA DE CONCLUSIONES

El artículo ha mostrado cómo las dos décadas después de la instalación de la primera misión de Canadá en 1946 fueron fructíferas para ambos países. Un hecho primordial en ese proceso fue la apertura de relaciones diplomáticas en 1952, tardía en comparación con la de algunos vecinos del hemisferio, pero productiva en vínculos de carácter comercial, social y cultural. La construcción progresiva de esos lazos ha sido posible escrutarla a través de la pluma de varios embajadores canadienses, todos ellos amantes de viajar por el territorio para conocerlo en detalle.

---

70 LAC, RG76, Vol. 830, File 552-1-640.

71 LAC, RG76, Vol. 830, File 552-1-640. El funcionario no menciona las nacionalidades de las personas, por lo cual es imposible señalar cuántos eran venezolanos.

72 LAC, RG25, Vol. 3796, File 8620-AK-40.

73 LAC, RG25, Vol. 3796, File 8620-AK-40.

74 LAC, RG25, Vol. 4388, File 11722-40.

Informaron ellos sobre un país poco conocido en Ottawa, haciéndolo cada día más presente en sus relaciones con América Latina. Como se ha visto, son varios los temas, algunos poco conocidos, otros ignorados hasta el presente, que surgen de sus agudos reportes, entre ellos las manipulaciones dictatoriales detrás de las construcciones públicas tanto en Caracas como en el interior de la república, la infatuación ante el poder, la crueldad de la inmigración en torno al proyecto agrícola de la Colonia Turén, la importancia del petróleo como creador de vínculos y nuevos paisajes, la obra social de algunas misiones religiosas canadienses y los temores después de la caída de la dictadura con su secuela de emigrados.

Este artículo concluye con un hecho claro: las relaciones forjadas entre 1946 y 1967, producto del trabajo constante de los diplomáticos, constituyeron el soporte fundamental de los sucesivos intercambios entre ambos países. También con la necesidad de investigar otros tópicos, dejados de lado en este artículo, o surgidos de su propia dinámica. Uno de ellos sería la labor de los funcionarios venezolanos en Canadá, pues bien demostramos que su labor había sido fundamental en la apertura de las relaciones diplomáticas hasta 1952. Otro tema abierto al escrutinio lo constituye el periodo de Pierre Elliot Trudeau.

Una última inquietud surge del contexto actual: los renovados lazos entre Canadá y Venezuela debido a los miles de emigrantes venezolanos de los últimos años. El tema, hasta ahora inexplorado, habría que estudiarlo con detenimiento tanto por la riqueza de sus componentes políticos, económicos, sociales, culturales y espaciales como por sus proyecciones futuras en la esfera de las relaciones entre los dos países.

## SIGLAS Y REFERENCIAS

LAC. *Library Archives Canada* (Ottawa)

PA-AA BERLIN. *Politisches Archiv. Auswärtiges Amt* (Berlín)

BRATT, Duane y KUKUCHA, Christopher J (eds.). 2007. *Readings in Canadian Foreign Policy: Classic Debates and New Ideas*. Oxford-New York: Oxford University Press.

CANADA YEAR BOOK, 1960, 1965 y 1971. Ottawa: Dominion Bureau of Statistics.

- COHEN, Andrew. 2004. *While Canada slept. How we lost our place in the world*. Toronto: McClelland & Stewart Ltd.
- CONTRERAS RAMÍREZ, Alejandro. "Relaciones diplomáticas entre Venezuela y Canadá (1952-1997)" en: *Boletín del Archivo de la Casa Amarilla*, Año V, No. 5, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1998, pp.131-204
- GLAZEBROOK, George Parkin de Twenebroker. "Canadian Foreign Policy in the Twentieth Century" en: *The Journal of Modern History*, Vol. XXI, No.1, March 1949.
- HAAR, Jerry y DOSMAN, Edgar J. 1993. *Canada's Changing Role in the Americas*. New Jersey: Transaction Publishers.
- HUMPHREY, John P. 1942. *The Inter-American System. A Canadian view*. Toronto: The MacMillan Company of Canada Limited.
- KIRTON, John. 2007. *Canadian Foreign Policy in a Changing World*. Toronto: Thomson Nelson.
- MACKAY, R. A. y ROGERS, E. B. 1938. *Canada looks Abroad*, Londres-Toronto: Oxford University Press.
- MACGREGOR DAWSON, Robert. 1937. *The Development of Dominion Status, 1900-1936*. Londres: Oxford University Press.
- ROCHLIN, James. 1994. *Discovering the Americas: The evolution of Canadian Foreign Policy towards Latin America*. Vancouver: UBL Press.
- STEVENSON, J. R. Brian. 2000. *Canada, Latin America, and the New Internationalism. A Foreign Policy Analysis, 1968-1990*. Montreal-Kingston: McGill/ Queen's University Press.
- Venezuela: Land of Oil...Dollars...Opportunities*. 1958. Ottawa: Department of Trade and Commerce.